

Fallecimiento del Excelentísimo Señor Arzobispo Doctor Volio y Jiménez

«¡Se alza de mi verdad tu nombre fuerte
y en espacio de soles y laúdes
quiebra el ángulo frío de la muerte!»

Claudia Lars

Si como dice Arturo Capdevilla “la fidelidad al destino verdadero de cada nación, deducido de las recónditas señales que a los pueblos hacen la geografía y la historia”, se nace patriota, porque en el patriotismo va implícita una felicidad esencial, pocos ciudadanos tuvieron más en alto grado ese fervor por el terruño y dieron más de sí en beneficio de éste, que Monseñor Claudio María Volio y Jiménez, el ilustre Prelado que al amanecer del 19 de enero cerraba definitivamente sus ojos a la vida, en la ciudad de Puntarenas.

Ciudadano egregio, Veníale en la sangre el serlo y en él resplandecieron las virtudes y el valimiento de sus ancestros, hermosándose con las ejecutorias propias que no fueron menores.

Cartago—cuya tradición de grandes valores parece que declina en estos últimos años, con el éxodo hacia lo Eterno de sus más preclaras figuras—, fué la cuna del Dr. Volio y Jiménez. Aquel noble hogar de don Carlos Volio Llorente y de doña Matilde Jiménez Oreamuno, cuyos vástagos han sido todos sin excepción grandes figuras en el pensamiento y en la acción patrios, vió aurorar a la esfera de la vida al hijo dilecto que más tarde alcanzaría las más altas dignidades que la Religión y la Patria reservan a sus mejores componentes, el 28 de octubre de 1874. En Cartago habría de hacer sus estudios y más tarde, en aquel año definitivo para Costa Rica, cual fué el de 1889, fletó el joven hidalgo hacia Europa para emprender los estudios eclesiásticos, como si con ello quisiera probar que la casta no falla y que, fiel a la tradición familiar, Claudio María Volio y Jiménez dedicaría su preclaro talento, su dinamismo y energías a la Religión. El Pío Latino—el docto Colegio romano—le tuvo entre sus mejores alumnos; el gran Colegio de la Santísima Trinidad, de Lovaina, le contó como el estudiante dilecto y si fué digno de los más altos honores en el Seminario de León XIII en la misma longeva ciudad belga, no menos lo fué en el Seminario de San Sulpicio, en París, de donde habría de egresar para tornar a Lovaina, en cuya Universidad—de legendario abolengo—obtuvo las borlas del Doctorado.

Eminente por su talento, magno por sus virtudes, el Dr. Volio y Jiménez se ordenaba Sacerdote en el Palacio Arzobispal de Malinas, el 18 de diciembre de 1898.

Pero aún debería permanecer otros meses en el Viejo Mundo, abrevando en los más caracterizados centros de la filosofía cristiana, los conocimientos que habrían de convertirlo en nuestra pequeña Costa Rica, en uno de los primeros cruzados de la Acción Social Católica y en el porta-estandarte de los principios de Justicia Social preconizados por León XIII. En 1899 llegó a Costa Rica. Cartago, su ciudad natal, batió palmas de triunfo a su regreso y en la Casa aneja a la entonces Parroquia de La Soledad, regentada en esa época por el ilustre Presbítero don Juan de Dios Trejos, la metrópoli de rancio abolengo hispánico y por consiguiente cristiano, le rindió homenaje cívico, mientras que el templo se hermoseó con sus mejores galas para dar gracias al Señor por la presencia del nuevo Levita en el viejo solar de sus mayores.

Cúpole al Dr. Volio y Jiménez el honor de regentar el Convento y Santuario de San Francisco y ponerlo en manos de los Reverendos Capuchinos, quienes por más de ocho lustros han estado al frente de esos centros de piedad. Fué Capellán del Hospicio de Huérfanos de esta capital y dictó varias cátedras en el Seminario de San José, destinándosele luego a los curatos de Santa Bárbara y de Alajuela, donde permaneció por espacio de trece años, dejando esa Parroquia para trasladarse a Honduras, para cuya Diócesis de Santa Rosa de Copán lo había ungido Obispo Su Santidad Benedicto XV. Fué el 26 de mayo de 1916 cuando Monseñor Cagliero lo consagró, imponiéndole la Mitra Episcopal. Las dificultades políticas porque atravesó la nación hondureña retrasaron su ingreso a la Diócesis a su experta dirección confiada. No obstante, los pueblos a él confiados fueron visitados en medio de las mayores dificultades imaginables y siempre estuvo presto a velar por su grey, con una devoción y un desinterés grandes. En aquellas selvas insalubres que atravesara en diversas ocasiones, contrajo la malaria y otras fiebres tropicales y aun así, continuó al frente de su Diócesis, hasta que nuevas cuestiones de índole política hiciéronlo apartarse de aquel viñedo espiritual, regresando a su ciudad de Cartago, en donde en 1920 se le vió reanudar sus esfuerzos en pro de los menesterosos, logrando levantar los hermosos pabellones que hoy forman el Asilo de la Vejez.

Sus conciudadanos lo llamaron al desempeño de altos cargos públicos, siendo electo Diputado en dos períodos, realizando una obra cívica provechosa y en el año 1940, Su Santidad Pío XII le otorgaba el alto honor del Arzobispado Titular de Soterópolis y de Prelado de Honor del Santuario de Nuestra Señora de los Angeles, siendo introducido por Monseñor Sanabria en una ceremonia inolvidable.

Su amor de los amores fué la Virgen de los Angeles; a ella y a la propagación de su devoción, dió sus mejores esfuerzos y talento. Orador de altos vuelos, escritor ameno, docto conferencista, político honesto, fué grande en todas las aristas de su múltiple existencia y cuando la Iglesia Católica y la República gimen bajo los pliegues de angustia que su deceso ha causado, LA TRIBUNA lleva a la ilustre familia del llorado Pastor y a las Autori-

dades Eclesiásticas su mensaje de sentida condolencia, enlutando sus columnas en póstumo homenaje al Prelado que honró estas páginas con los brotes magníficos de su talento en multitud de ocasiones.

¡Descanse en paz, Monseñor Volio!

J. ANT^o ZAVALETA

Monseñor Claudio María Volio y Jiménez

Hace menos de un mes que llegué a donde él; el 30 de diciembre del año que pasó. Lolita Castro Cervantes, esa alma blanca como un lirio, me introdujo al conocimiento de aquel gran señor. Ya estaba herido de muerte; pero su espíritu brillante y esforzado se erguía sobre las flaquezas de la materia.

Sentí de inmediato que estaba en presencia de uno de esos varones próceres, ya casi ausentes en los caminos de la vida, que vuelcan sobre quienes sufren sed de justicia, toda la bondad y la grandeza que llevan en el alma. Me estoy despidiendo de este mundo, —me dijo de modo muy tranquilo—; pero todavía me queda tiempo para hacer algo en favor de usted...

Y desde luego realizó una gestión en tal sentido, que él sabía anticipadamente. El 18 por la noche, pocas horas antes de morir, me dirigió un mensaje de Puntarenas, informándome del éxito obtenido en la bondad de su reclamo. Cuando frente al trono de Dios le muestre sus manos llenas de luz, como huellas del bien que sembró en los surcos dolientes de este mundo, en uno de esos rayos ha de fulgurar el bien que él me dispensó, y otros que quiso dispensarme cuando la muerte se interpuso entre su intención firme y leal y la realidad desnuda.

Sobre las flores que cubrirán su tumba, entre otras lágrimas sinceras, temblará la mía.

¡Descanse en paz aquél que se dió a los hombres, como un pródigo, en realizaciones generosas y fecundas!

San José, 20 de enero de 1945.

V. MEJÍA COLINDRES
Ex-Presidente de Honduras

Monseñor Claudio María Volio

Al iniciarse el siglo se tenía al Dr. Claudio María Volio como uno de los mejores predicadores de la Iglesia. Le buscaban, preferentemente, para las

grandes solemnidades. Era docta su palabra y había señorío en sus actitudes. No desmentía su abolengo.

Mas, cobraba mayor valor como conferencista: suave el acento; profundo el pensar; persuasivo el discurso.

Se cuenta de Isócrates, —uno de los principales ornamentos de Atenas—, que la debilidad de su voz, su apocamiento, le impidió descollar como gran tribuno. Con todo, era tal su autoridad, que cuando se condenaba a Sócrates, sin arredrarle el temor a las venganzas, se presentó en público, vestido de riguroso luto.

También Monseñor Volio fué capaz de alcanzar triunfos con su sola presencia, su melíflua voz. Llevaba con gallardía el manto, y la mitra destacaba su personalidad.

Su corazón melífero cesó de latir; su vida ejemplar seguirá siendo guión para los hombres de fe.

FRANCISCO MARÍA NÚÑEZ

"Diario de Costa Rica", 24 de enero de 1945.

Delante de la cruz

Delante de la cruz los ojos míos,
quédenseme, Señor, así mirando,
y, sin ellos quererlo, estén llorando
porque pecaron mucho y están frios.

Y estos labios que dicen mis desvios
quédenseme, Señor, así cantando,
y, sin ellos quererlo, estén rezando
porque pecaron mucho y son impíos.

Y así con la mirada en Vos prendida,
y así con la palabra prisionera,
como la carne a vuestra cruz asida,

quédeseme, Señor, el alma entera,
y así clavada en vuestra cruz mi vida,
Señor, así, cuando queráis, me muera.

RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS
(Mexicano)